

POLÍTICA SIN IDEAS, INTELLECTUALES SIN POLÍTICA.
EL DESCONCIERTO DE LOS SUJETOS
DE IDEAS EN EL PERÚ ACTUAL

Osmar Gonzales Alvarado

Había sido usual en el Perú republicano que los intelectuales vieran a la actividad política como un espacio alternativo a su propia función.¹ Se trataba, de alguna manera, de un desplazamiento hacia un territorio que, si bien ajeno, no era totalmente desconocido. El campo político proveía al intelectual de beneficios que su propio campo no le brindaba: comunicación con un público amplio, cierto poder de decisión, influencia sobre la opinión pública, vinculaciones sociales con esferas a las que desde su condición netamente intelectual no aspiraría a acceder, entre otros. Esto suponía algo mínimo o básico: que la actividad intelectual tenía algo para dar, un valor agregado codiciado, es decir, su saber, el cual, el campo de la política reconocía como necesario.

Mucho de esto ya no existe. El sujeto de ideas no encuentra en la vida política (hoy profundamente deteriorada) un espacio atractivo en el cual extender su actividad básica; no se siente cómodo en ese terreno y, más aun, percibe que es rechazado explícitamente; ya no se puede desplazar hacia ella, no le encuentra sentido hacerlo ni percibe que le garantiza beneficios. En otras palabras, su propia crisis anula a la política como un espacio atractivo para el intelectual.² A esto se agrega algo que vuelve peor la situación:

¹ Agradezco los comentarios de Isabel Cristina López Eguren, quien me ayudó a mejorar la primera versión de este texto.

² Como afirma Christophe Charle, el enfoque sociológico o histórico de los intelectuales "sólo cobra sentido si se los coloca dentro del espacio global del campo del poder

que el propio campo intelectual no le ofrece al sujeto de ideas la distinción social que hubiera aspirado a obtener gracias al prestigio que supuestamente debía proporcionarle sus conocimientos.

El paso de lo intelectual a lo político le resulta al sujeto de pensamiento una decisión demasiado costosa. Su principal capital simbólico es, a decir de Max Weber, buscar siempre la verdad, más allá de las consecuencias que ello pueda tener (la ética de la convicción); ahí basa su prestigio, que es justamente lo que la política, por lo menos desde hace algunas décadas, no provee. Por el contrario, es una licuadora de prestigio y un disolvente moral. Entonces es justo concluir que el intelectual que desea seguir siéndolo, aunque en otro espacio, rechaza la actividad política como una alternativa atrayente y atractiva. Ante tal situación, el sujeto de ideas, constreñido en su propio campo y deseoso de comunicarse con un público mayor que el que su propia actividad le permite obtener, busca una alternativa a la política, y en esa búsqueda encuentra a los medios de comunicación, lo que le exige adecuaciones y replanteamientos a su papel social tradicional.

De esto trato en las siguientes páginas, sobre el intelectual peruano contemporáneo que ha quedado desconcertado en medio de una sociedad fragmentada y con campos sumamente endeblados o en transformación, lo que le obliga a buscar nuevos espacios para comunicarse con la sociedad e influir en ella.

LA LÓGICA ECONÓMICA Y LA POLÍTICA SIN LÓGICA

No cabe duda que en el Perú, enfáticamente desde los años noventa, la política ya no es un espacio de legitimación. Si antes lo fue precariamente ahora simplemente esa posibilidad se ha desvanecido, producto de la profunda crisis en la que se debate. La política ha sido invadida y pulverizada por la lógica económica

que les es contemporáneo y, más en general, con relación a las transformaciones del reclutamiento social de las fracciones de la clase dominante”, Christophe Charle, *El nacimiento de los “intelectuales”*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009, p. 10.

que tiene en su centro al mercado y sostiene que el Estado es una institución que debe ser reducida a su mínima expresión. Se trata de una lógica perversa y pervertida en la que todo vale, hasta los recursos ilegales e, incluso, delictivos, y en la que no prevalece la ideología ni los proyectos políticos que deben animar a la vida política, como la búsqueda del bien común.³

En el pasado, los intelectuales se podían sentir más o menos cómodos en el campo de la política, pues trasladaban a ese espacio sus reflexiones, ideas y doctrinas, pues al final de cuentas también los identifica el querer desentrañar las claves para construir la vida buena. Esa comodidad ha desaparecido. La lógica económica prevaleciente enaltece de manera extrema el interés individual y la máxima ganancia a cualquier costo, aun en contra de los fundamentos de la vida en común. De esta manera, se constituye una sociedad atomizada mientras que el Estado es privatizado por los grandes intereses corporativos. Los funcionarios (especialmente los incrustados en las áreas económicas) se convierten en agentes o representantes no de lo público sino de lo privado, desnaturalizando su función. Curiosamente, su argumento anti-estatista es enarbolado desde el propio Estado. Emergen entonces como los verdaderos captadores de las instituciones estatales los llamados expertos o tecnócratas, que expresan a cabalidad dicha lógica económica: la mayor rentabilidad posible, en medio de un “todos contra todos” que usualmente ganan los más poderosos.

Esta crisis de la política no solo es denunciada por intelectuales opositores al modelo neo-liberal, sino también por aquellos que lo consideran el más razonable. Un ejemplo cercano es el de Mario Vargas Llosa, quien ha señalado que:

³ Debo señalar que me refiero al Perú, pero los procesos y características que muestra no son exclusivos de él, sino que se manifiestan, en general, en todos aquellos países que han asumido el modelo económico neo-liberal que produce consecuencias similares tanto en la economía como en la política, más allá de los grados de institucionalización alcanzados. El caso de Europa es sintomático en este sentido. La descomposición también es global.

La política pasó a ser muy despreciada. Es comprensible y al mismo tiempo peligrosísimo: si das la espalda a la política, la política puede quedar en manos de los peores. Si los mejores creen que la política es asquerosa y que hay que alejarse de ella, la política quedará en manos de los rufianes. Algo de eso ha empezado a ocurrir en las democracias más avanzadas y es una de las explicaciones del gran deterioro de la vida política. Es importante convencer a los más brillantes, inteligentes, decentes, generosos e idealistas para que hagan política. Si la dejas en manos de los rufianes porque te parece asquerosa, la política será cada vez más asquerosa.⁴

Varias cosas se pueden comentar al respecto. En primer lugar, Vargas Llosa expresa la desubicación del intelectual contemporáneo frente a la política en crisis. Su urgencia porque ingresen a la política es expresiva precisamente de la constatación de que la política ya no es un espacio que puede cobijar a los sujetos de ideas y que, por el contrario, los expulsa. En segundo lugar, considera que las ideas pueden influir en la recuperación de la actual política carente de pensamiento, lo que supone que los intelectuales siguen siendo para el escritor una fuente de ética. El problema es que en el actual modelo los idealistas ni las ideas encuentran ubicación. En tercer lugar, y lo más importante, es que en el discurso de Vargas Llosa aparece disociado el modelo de sus consecuencias al no reconocer que la crisis de la política (y de la cultura) es producto del modelo económico que defiende.⁵ Es justamente la lógica de ese modelo la que ha pervertido a la política y la cultura, el campo natural de los intelectuales. Vargas Llosa produce un análisis esquizofrénico: el modelo económico genera todas las bondades, mientras que las crisis son resultado de otros procesos (para él el nacionalismo, el populismo y la corrupción). De esta manera, el escritor-ideólogo peruano deja inmaculado el modelo cuando en verdad ha corroído con su lógica las otras

⁴ "Mario Vargas Llosa: 'Hoy no se sabe qué es el bien y qué es el mal'". Entrevista de Juan Cruz, en *Viva, la revista de Clarín*, domingo 19 de octubre de 2014, p. 28.

⁵ Véase también su conjunto de artículos bajo el título *La civilización del espectáculo*, Lima, Alfaguara, 2012.

esferas de la vida social. El hecho mismo que se refiera a la crisis de la política en sociedades desarrolladas ratifica lo dicho.

LA PUTREFACCIÓN DE LA VIDA POLÍTICA

Desde los años noventa, la política vivió en el Perú un feroz ataque contra sus fundamentos. Lo paradójico es que ese ataque partió desde el ente político por excelencia: el propio Estado.⁶ En efecto, el gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000) tuvo como uno de sus principales objetivos desprestigiar a la política para así legitimar el gobierno de los tecnócratas, supuestamente despolitizados. El tecnócrata, representante del saber cómo, desplazó a los intelectuales, quienes saben qué preguntar.⁷ De esta manera, el gobierno de los tecnócratas se instalaba para hacer un ejercicio del poder considerado realista, supuestamente anclado en las necesidades de la sociedad; se buscaba desprestigiar a aquella política sustentada en ideas, las que le eran provistas precisamente por los intelectuales. Así, iba de la mano una política despolitizadora y al mismo tiempo desideologizante y anti-intelectual. Con un solo golpe de mano, el fujimorismo atacaba a los que llamó políticos tradicionales y a los intelectuales vistos como insustanciales. De otra manera no hubiera podido aplicar sus medidas económicas tan extremadamente duras y anti-populares.

⁶ La bibliografía sobre el fujimorismo es abundante. Solo menciono algunas publicaciones: Carlos Iván Degregori y Romeo Grompone, *Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia en dos actos*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1991; Yusuke Murakami, *Perú en la era del Chino: la política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos y CIAS, 2007; Moisés Arce, *El fujimorismo y la reforma del mercado en la sociedad peruana*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2010; Julio Cotler y Romeo Grompone [editores], *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2001; Alberto Adrianzén, *La transición inconclusa. De la década autoritaria al nacimiento del pueblo*, Lima, Otra Mirada, 2010, entre muchos más.

⁷ Véase Juan Martín Sánchez y Osmar Gonzales, "Ideólogos y expertos en el Perú reciente", en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 59, núm. 1, 2002.

Pero refiriéndonos específicamente a la política, desde el propio Estado el fujimorismo ejerció un fuerte embate contra las organizaciones partidarias, bastante endeble y con bajísimos niveles de aceptación social. Las acusó de tradicionales, de caudillistas y, al mismo tiempo, las responsabilizó de todos los males históricos y presentes del país. La alta legitimidad social que alcanzó este discurso nos dice que caló en la población y que algo de cierto tenía, pues la carencia de partidos organizados y la falta de eficacia para enfrentar los problemas nacionales hizo que la sociedad, o una buena parte de ella, viera a los partidos como entes inútiles que preferían los intereses particulares a los de la sociedad en su conjunto. En resumen, no estuvieron a la altura de lo que la situación del país les exigía (en los ochenta la crisis económica, la violencia política y la descomposición social).

No se trata de un diagnóstico demasiado alejado de la realidad. En una mirada histórica, la desafección de los políticos de sus responsabilidades explicaría la proliferación de golpes de Estado, de gobiernos militares que sumaban más años de control del poder que los gobiernos civiles propiamente dichos, y aun así, muchos de estos tenían la impronta de ser autoritarios y de no provenir de la fuente de la legalidad, como el propio fujimorismo.

El discurso del fujimorismo, es verdad, se sustentó en un diagnóstico que ya existía previamente a su aparición. Pero lo particular del régimen fujimorista fue que no solo buscó golpear la vida partidaria con un discurso adverso lanzado desde afuera de ella, sino que buscó ingresar a las propias organizaciones políticas para corroerlas. El Estado fujimorista se convirtió en un sobornador de las estructuras partidarias, comprando literalmente a muchos de sus líderes más representativos y también a parte de sus bases, interfiriendo de esta manera con su propio desarrollo. La corrupción proveniente desde el Estado encontró terreno fértil en las burocracias partidarias que terminaron contribuyendo a la legitimidad del gobierno fujimorista.

Al soborno, el fujimorismo sumó el chantaje, pues exhibiendo ante la opinión pública sus éxitos en materia económica al derro-

tar la hiper-inflación y, en el terreno de la violencia política, desmantelando a Sendero Luminoso y al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, hábilmente estableció en el imaginario social que oponerse al fujimorismo era estar en contra del propio país. A los partidos les costó mucho desembarazarse de este chantaje; solo pudieron hacerlo cuando se hizo evidente la descomposición del régimen fujimorista, aunque para entonces la propia degradación de los partidos era evidente y, hasta el día de hoy, irreversible.

La llamada, por Nicolás Lynch⁸ y Carlos Iván Degregori,⁹ anti-política fujimorista tuvo éxito y no solo durante el tiempo que duró el régimen, pues sus consecuencias nefastas se siguen sintiendo hasta la actualidad. No se trata solo que una lógica tecnocrática y economicista haya subordinado a la política, sino que introdujo el elemento de la corrupción. Es decir, sustentó su proyecto político no solo en un hecho anti-político sino ilegal, lo que es peor aun. El grave deterioro de las organizaciones partidarias se muestra no solo en su declive ideológico o en la crisis organizativa — incluso de los históricos e importantes, como el APRA o Acción Popular —, sino también en su precariedad moral. De esta manera, los partidos políticos no pueden lograr ser vistos como los conductores de la nación, la sociedad se niega a reconocerles ese papel, y con razones, además.

El modelo económico denominado neo-liberal, aplicado desde 1992, necesitaba de una sociedad despolitizada y desideologizada para, aunque suene paradójico, llevar a cabo sus políticas, de la mano con un poder autoritario: el debate no podía ser tolerado, y mejor era eliminarlo simplemente. Con ciudadanos desconectados de los problemas del país y entre sí también (lo que Zygmunt Bauman llama sociedad inalámbrica);¹⁰ con la profundización del individualismo extremo (el narcisismo); con estructuras partidarias casi aniquiladas; con un manejo perverso de programas

⁸ Nicolás Lynch, *Política y anti política en el Perú*, Lima, DESCO, 2000.

⁹ Carlos Iván Degregori, *La década de la anti política: auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000.

¹⁰ Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

televisivos y de titulares de diarios impresos; con el socavamiento de las organizaciones civiles y populares (sindicatos, gremios); con la introducción de la precariedad laboral para abaratar los costos de la fuerza de trabajo (la flexibilización laboral); con la utilización del sicariato político para eliminar a figuras opositoras incómodas, y otras medidas, el espacio para la política se fue constriñendo, y esa reducción de su ámbito natural ha ocasionado su putrefacción. Solo algunos, quizás muy pocos, se salvan de ser arrasados por la degeneración de la política. Asimismo, el Estado abandona sus funciones sociales y se convierte en garante de intereses privados, corporativos, prevaleciendo el aquí y ahora, y el cuánto es: el mercado (también corroído) sobre la política. Es decir, el modelo neo-liberal trasciende lo económico para constituirse en una forma de moldear a la sociedad.

Las bases organizativas e institucionales de la política se fueron descomponiendo. La militancia política (y la carrera política, por ende) pasó a ser sustituida por inversionistas que pueden comprar su puesto –como si se tratara de franquicias–, en alguna lista en tiempo electoral, prevaleciendo el de mayor poder económico; los programas de los partidos fueron reemplazados por la marca; las ideas por el espectáculo. No existen lealtades con posibilidades de mantenerse en el tiempo; solo se pueden generar coincidencias temporales y bajo intereses específicos. De este modo, fue haciéndose prescindible la organización o institucionalidad de los partidos. Igualmente, la historia dejó de tener densidad. En cada elección los mismos personajes aparecen bajo nombres y logos distintos, y se vuelve común el transfuguismo, que la sociedad ve con cierto fastidio pero que no sanciona. Ni los partidos políticos más antiguos, doctrinarios y con mayor presencia se han podido resguardar de estos embates. Evidentemente, bajo estas condiciones, las organizaciones partidarias ya no pueden ni están interesadas en construir consensos ni en constituir pactos políticos que garanticen la gobernabilidad en democracia. Solo alianzas de mutua ventaja económica y poder. La ética de responsabilidad (hacia la consecuencia de sus acciones) que debe caracterizar al

político también se ha disuelto en nuestro país. Y las nuevas formas de hacer política son cada vez menos políticas.

En el Perú, la figura representativa de esta degradación de la política carente de ideas es la del congresista. Lejos de ejercer sus funciones propias de acuerdo con lo que le exige su papel legislativo, el congresista ha trocado en un gestor de intereses particulares (un *lobbista*), incluidos los de él mismo, llegando a niveles de cinismo impensados. Sus debates y declaraciones están muy distantes de representar un pensamiento anclado en algún credo político, pues el comprar su lugar en la lista congresal revela que no tiene identificación ideológica ni lealtad política alguna. A ello se suma la pobreza de su lenguaje y carencia de ideas, lo que se ha hecho patéticamente evidente cuando algunos congresistas han sido sorprendidos cometiendo plagio de ciertas iniciativas de leyes que quisieron hacer pasar como propias. Bajo estas circunstancias no debe sorprender el bajo grado de aceptación del poder legislativo en la sociedad.

Por otra parte, el espacio legislativo se ha convertido en un lugar de transacciones corruptas, en el que se perdonan investigaciones a congresistas que han cometido delitos flagrantes a cambio de favores futuros. Finalmente, la presencia pública del congresista está basada en muchos casos más en apariciones en los medios de comunicación (por la vía de los escándalos) que en los debates e iniciativas que propone, que son obligaciones propias de la actividad política; también se ha convertido en un personaje mediático. Los congresistas, y políticos en general, de las recientes generaciones han sido formados, en gran parte, en este contexto, por ello es casi inevitable que ejerciten la política dentro de los parámetros que conocen y en los que se han socializado. Su vinculación con los ciudadanos/electores no ocurre dentro de las instancias partidarias, sino preferentemente por medio de las pantallas de la televisión y, ahora, de las computadoras. De esta manera, no hay un vínculo cercano del político con la ciudadanía; ello evita al político, para su alivio, tener que sustentar sus posiciones y convencer al ciudadano con argumentos. Como se espera en este

escenario, los problemas nacionales no ocupan ningún lugar en la agenda.

Al no ser relevantes la ideología ni el programa, las discusiones de fondo pierden sentido de tiempo, se disuelven y, como en los *talk-shows*, los pergeñazos de argumentos pierden sustancia en el instante mismo en el que son pronunciados; la imagen es solo una máscara superficial que no permite más que un episódico paso por la fama, que ha suplantado a la legitimidad. En consecuencia, la política ha perdido sentido de trascendencia, de profundidad temporal, lo que se expresa en las características ya señaladas. Si no hay tiempo futuro no se puede formar un debate público, programas políticos ni utopías razonables. Esto también es consecuencia de la otra lógica que impone sus condiciones — la ganancia, el lucro, la mercancía —, que al final degenera en codicia incrementando los niveles de corrupción.¹¹ En este escenario, el prestigio deja de ser un valor, aunque incrementa su precio: es una mercancía que se puede comprar... hasta cierto punto, pues todavía hay bolsones de ciudadanos que se empecinan noblemente en rechazar esta corrupción.¹² Así, es una consecuencia inevitable que la política ya no sea vista como un refugio o una alternativa para el intelectual convencido de sus ideas.

¹¹ Una expresión de lo dicho son muchos de los presidentes regionales, quienes enfrentan procesos judiciales por corrupción. Incluso, hay políticos que han sido elegidos a pesar de que la ciudadanía los percibe como ladrones. Esto, como lo ha explicado Alberto Vergara, no es solo responsabilidad del ciudadano/elector, sino especialmente del sistema político que, en su carencia institucional y moral, ofrece a la sociedad escasas alternativas para elegir. Véase su libro *Ni amnésicos ni irracionales. Las elecciones peruanas de 2006 en perspectiva histórica*, Lima, Solar, 2007.

¹² La elección de Luis Castañeda Lossio para su segunda gestión como Alcalde de Lima, fue muy particular, pues ganó los comicios municipales a pesar que los limeños tienen fundadas sospechas de corrupción sobre él. No obstante, hay que señalar que los electores no contaron con opciones creíbles y que emitieron su voto con un tanto de resignación, con la esperanza que, aunque robe, realice obras. Es necesario un estudio a profundidad sobre la moral pública del elector limeño, y peruano en general.

EL CONSTREÑIMIENTO DE LA VIDA INTELECTUAL

Algunos factores explican este fenómeno: disminución de la calidad de las instituciones académicas, precisamente por el aumento de universidades apócrifas, que, siguiendo la lógica del modelo imperante, han convertido a la educación en una mercancía, descuidando explícitamente su sentido.¹³ Han proliferado las universidades-negocio, en las que el alumno/cliente puede acceder a títulos que no tienen ningún valor académico ni, incluso, como ya es común, legal (de lo que no se escapan algunos personajes de la política). Las bibliotecas son rarezas en estas mal llamadas instituciones de educación superior, la infraestructura es mínima y deplorable, y el cuerpo docente no ofrece ninguna calidad; y ni qué hablar del financiamiento para investigaciones, revistas indexadas y fondos editoriales, simplemente son inexistentes.

La pobre formación académica trae sus consecuencias, pues los alumnos/clientes no tienen el gusto por la lectura, menos por la investigación, apenas pueden redactar un texto cargado de faltas ortográficas, no son capaces de mantener una conversación inteligente, viven de espaldas a las cuestiones importantes de la vida nacional, no tienen opiniones formadas sobre casi ningún tema y menos aun son capaces de sostener alguna posición fundamentada. Con esta base se comprende mejor por qué los sujetos de ideas se encuentran con un público cada vez más reducido; casi no tienen audiencia. Las universidades que se salvan de este diagnóstico son pocas y de ellas proviene justamente el reducido círculo que integra el público que puede estar atento a lo que piensan y dicen los sujetos de ideas.

Una característica importante y preocupante es la que se supone debe ser la audiencia del intelectual, la cual se inclina, más que a conocer sus reflexiones por medio de lo que sería lo usual (lectu-

¹³ Según cifras oficiales de la Asamblea Nacional de Rectores, existen reconocidas 62 universidades privadas y 71 universidades públicas. <http://www.anr.edu.pe/index.php/situacion-de-la-calidad-universitaria/oficinas-de-calidad> Consulta: 28 de octubre de 2014.

ra de libros, asistencia a conferencia o reuniones académicas), a seguirlo por los medios masivos de comunicación, especialmente televisión, o por las actuales tecnologías, con el agravante que profundiza la experiencia del aislamiento. Más que comunidad académica, lo que existe son ciertas micro-comunidades que no necesariamente contribuyen al debate de ideas, o lo hace en marcos restringidos. Esta reducción del espacio público ciudadano implica asimismo su disminución como ágora, es decir, como terreno de debates políticos e intelectuales. Es en cierta medida paradójico, pues si bien se ha ampliado el campo ciudadano e incrementado los rangos de inclusión social no se ha extendido la esfera de lo público, esta ha sido suplantada por las pantallas y la telecomunicación.¹⁴

Por otro lado, es cierto que ha ocurrido un crecimiento del volumen editorial, de la publicación de libros,¹⁵ cada vez son más los esfuerzos editoriales de privados y también de algunas universidades, ONG e instituciones estatales.

Las actuales tecnologías favorecen este crecimiento, ahora es más fácil y relativamente más barato emprender una publicación, incluso bajo la iniciativa individual. Pero por otra parte sigue siendo real la escasez de lectores;¹⁶ los éxitos de ventas de las

¹⁴ Sin embargo, existe una discusión sobre los beneficios y los problemas que subyacen a la expansión de Internet. Como señala Nelson Manrique: "Con el desarrollo de Internet, y especialmente con la expansión de la web 2.0, el análisis de redes ha entrado en una nueva fase, pues este enfoque es especialmente adecuado para estudiar sistemas menos definidos que los clásicos grupos sociales (familia, tribu, corporación, Estado, etc.), especialmente las comunidades virtuales construidas a través de webs o websites. El énfasis en el análisis de las redes no está puesto en las categorías sociales (individuos, organizaciones, estados) sino en la estructura de las relaciones que estas establecen y la forma como afectan a sus integrantes y su manera de relacionarse". En "Debates sobre las redes sociales", *La República*, Lima, 28 de octubre de 2014.

¹⁵ Según la Cámara Peruana del Libro, entre los años 2001 y 2006, el número de ejemplares creció de más de 8 millones a más de 41 millones. En *Compendio estadístico sobre el libro en el Perú*, Lima, 2007, p. 9. Disponible en: <http://cpl.org.pe/wp-content/uploads/2011/12/Compendio-Estad%C3%ADstico-sobre-el-Libro-en-el-Per%C3%BA.pdf> Consulta: 28 de octubre de 2014.

¹⁶ Según el estudio de 2003 realizado por la Biblioteca Nacional del Perú, "el 48.1% de residentes de Lima lee periódicos, el 46.8% libros, el 23.8% revistas, el 15.9% Internet y el 8% no lee. Mientras que en el Callao, el 59% lee periódicos y el 32% lee revistas".

ferias de libros¹⁷ no aseguran el incremento de la lectoría.¹⁸ Se trata, en verdad, de un circuito pequeño con un número de autores en aumento (sin que este incremento llegue a ser una experiencia nacional) pero que, sin embargo, no pueden generar corrientes de opinión. Otrora, la filiación política constituía un plus que era reconocido e, incluso, constituía parte del bagaje con el que los partidos se presentaban ante la sociedad.

La sociedad atomizada que produce el modelo neo-liberal impacta en los distintos ámbitos de la vida social, incluido el intelectual. Si bien sobre el sujeto de ideas ha prevalecido una imagen de pensador solitario y aislado, ello no es cierto, pues en verdad siempre ha necesitado establecer el contacto con la sociedad o con importantes segmentos de ella.

En el Perú, país históricamente escindido, siempre constituyó un problema para el intelectual comunicarse a partir de sus propias funciones —las de producir explicaciones y fomentar el debate de

Por otra parte, “[e]n cuanto a la lectura de libros, aunque no se especifica el formato, el 57.5% lo hace a diario y el 42.5% lo hace semanalmente; siendo el promedio de lectura de una hora diaria”. Disponible en: <http://cpl.org.pe/wp-content/uploads/2011/11/panorama-libro-electronico-peru.pdf> p. 15. Consulta: 28 de octubre de 2014. Más allá de estas cifras, lo cierto es que no se puede acceder a una idea aproximada sobre la lectura en el Perú. Muchos de lo que dicen leer no necesariamente dicen la verdad, o también puede ser que no quede claro qué es lo que leen.

¹⁷ Según información oficial de la Cámara peruana del Libro: “Más de 448 000 mil personas visitaron este año la 19ª Feria Internacional del Libro de Lima, cifra que supera en 18 mil la del año anterior. Asimismo, se registraron operaciones comerciales, por ventas de libros, por más de diez millones y medio de nuevos soles”. Disponible en: <http://cpl.org.pe/> Consulta: 28 de octubre de 2014.

¹⁸ Según el estudio realizado por la Cámara Peruana del Libro, la venta de libros ha aumentado en los años recientes: “El gasto total en compras de libros por parte de los hogares en el Perú ha evolucionado favorablemente en el período 2009-2011, alcanzando en el 2011 un gasto de S/. 1 680 millones cuyo crecimiento con respecto al año 2009 fue de 16,7%, siendo el mayor cambio en el período 2009-2010 con una variación de S/. 146 millones (10,1%) mientras que en el período 2010-2011 fue de S/. 91 millones (5,8%). El crecimiento del nivel de gasto en compras de libros refleja el crecimiento de la demanda de libros tanto nacionales (producción original y no original) como la demanda de artículos importados”. Cámara Peruana del Libro, *El mercado editorial en el Perú, 2008-2011. Estudio de aproximación a la realidad de la industria del libro*, Lima, Cámara Peruana del Libro, 2013, p. 97.

ideas —, para ello ingresaba al terreno político porque desde él podía acceder a auditorios inaccesibles desde su propio papel. Ahora esa dificultad es aún mayor, pues el modelo vigente no solo mantiene la fragmentación histórica, sino que la agrava con la atomización social. No hay movimientos colectivos, salvo en zonas y momentos específicos (por el medio ambiente o por la defensa de los derechos humanos, por ejemplo). Estamos, en general, ante una sociedad apática y también desmovilizada conscientemente desde el Estado. En ello algo tiene que ver la idea — lanzada por el propio Estado desde los años noventa — de delegar a los técnicos la solución a los problemas sociales y económicos. Son estos expertos los que han ocupado en cierta medida el lugar que antes les correspondía a los partidos políticos. De este modo, el sujeto de ideas se encuentra ante el dilema de no saber a quién dirigirse: no hay una comunidad académica solvente, tampoco militantes agrupados bajo ideas comunes, menos un espacio público activo. La promesa de la modernización de constituir una sociedad integrada ha fracasado.

Solo, y de un modo sesgado, la idea democrática ha alcanzado cierta legitimidad. Pero se trata de una democracia formal en el sentido que no se sostiene sobre bases sólidas. A diferencia de los países con democracias consolidadas — es decir, que mal que bien han solucionado los principales problemas sociales, y por ello la democracia puede desarrollarse sin reclamar para sí un plebiscito diario —, la formalidad democrática aparece como corolario de un largo proceso histórico en donde la vida institucional se va aclimatando hasta hacerse parte de la vida social compuesta por ciudadanos plenos. En el Perú, en cambio, donde continúan los problemas históricos como deudas permanentes (pobreza, mala atención en salud, educación de baja calidad, racismo, ciudadanía incompleta), la formalidad de la democracia se entiende como el inicio de un proceso de democratización de la vida social en su conjunto, es decir, de forma inversa a los países desarrollados.

Todo esto constituye una gran dificultad para los intelectuales, entre otros, pues no existe un centro o zonas de integración

en los cuales pueda presentar socialmente sus reflexiones salvo en los espacios formales en los que se despliega la democracia (foros, conversatorios, asesorías), pero que no son capaces de integrar a todos los ciudadanos. Por ejemplo, el proceso de regionalización, incompleto y ambiguo, ha segmentado la vida social en vez de integrarla. No es que la población de cada región ha cobrado conciencia de su situación específica, sino que sin haber logrado esto se mantiene, además, al margen del proceso nacional en su conjunto. Nuevamente, aparece acá la crisis de la vida académico-intelectual. Las autoridades regionales no se han ocupado de constituir centros de reflexión y pensamiento que produzcan sujetos de ideas que, al mismo tiempo, den sentido a la situación específica de sus regiones y la engarcen con la de todo el país. Si no es real la integración entre las regiones menos la puede haber entre los precarios — cuando existen — núcleos de pensamiento. Siempre existen iniciativas personales o de grupos loables, pero no se puede afirmar que exista un proceso institucionalizado y permanente.

Usualmente, los intelectuales buscaban suplir esta carencia de integración volcándose hacia la política, pero como hemos visto esta también ha perdido tal cualidad — que dicho sea de paso, anteriormente solo había sido parcial —, por razones históricas que no vienen al caso detallar en este momento. Es entonces que los intelectuales buscan ubicarse como sujetos de opinión en los medios de comunicación, vistos como la alternativa para ir construyendo un público en el cual influir, aunque no necesariamente con el cual dialogar.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO SUSTITUTOS DE LA POLÍTICA

Amparados por su prestigio académico, relaciones sociales o porque empiezan a destacar, algunos intelectuales ven su participación en los medios de comunicación como una plataforma

de presencia pública opcional a la política. En gran parte, reca-ban prestigio social gracias a esa presencia en diversos medios, sean escritos, virtuales y televisivos (mucho menos en los espa-cios radiales).

Previamente, es necesario señalar una distinción. Por un lado, los intelectuales de izquierda mantienen un tono en sus escritos o intervenciones con mucha mayor carga ideológica; pero su desventaja es que lo hacen en medios que no tienen una difusión extendida a nivel nacional. Se dirigen a un público más o menos cautivo. Además, sus propuestas políticas no tienen re-ferentes organizativos reales en los cuales respaldarse, luego de los sucesivos fracasos electorales de la izquierda y de sus cons-tantes divisiones. Por otro lado, los intelectuales liberales respal-dan sus opiniones en lo que entienden es un sentido común (liberal) asumido por la ciudadanía, por ello, no consideran necesario hacer evidente su adscripción ideológica, pero también porque muchos sostienen que la ideología ha sido un lastre que ha llevado al Es-tado y a la política por caminos equivocados, faltos de realismo y, en sus términos, al populismo. Pero además cuentan a su favor con la ventaja que los medios, en general, sostienen lo que consi-deran ese sentido común liberal; sin mencionar que, paradójica-mente, han copado el Estado, institución al que no reconocen un papel fundamental en la constitución social.

En periódicos, si bien los sujetos de ideas pueden contar even-tualmente con una lectoría más amplia que la que pueden alcan-zar mediante sus escritos especializados, tienen en contra la poca amplitud del espacio asignado para sus columnas y los propios temas que pueden tratar, pues deben ser atractivos para el lector, es parte de la exigencia del mercado también. Esto modifica a su vez la forma de escritura del intelectual. No puede ser el académico que discurre sobre un tema especializado a profundidad, tam-po-co el ideólogo que sustenta sus principios doctrinarios, sino un intelectual-periodista que analiza puntos específicos de tópicos más o menos urgentes de la vida diaria o de la coyuntura política (que usualmente los medios revisten de sensacionalismo: denun-

cias, destapes, incluso revelando hechos pertenecientes a la vida privada de los personajes políticos). Sus opiniones están, en esta medida, condicionadas a aspectos que la opinión pública conoce o sobre los que desea recibir alguna opinión, generalmente de actualidad. Es cierto que existen intelectuales que son frecuentemente entrevistados, sobre todo por su prestigio de ser observadores de la vida actual: son comentaristas de lujo, y muchos medios suelen presentarlos así. Un indicador de todos estos cambios es la ausencia de suplementos culturales (en el mejor de los casos, a lo máximo, tienen una página para esos temas, incluso algunos los publican al lado de la sección “espectáculos”), y los que existen no alcanzan la calidad que ostentaban años atrás.¹⁹

Evidentemente, no sería exacto dejar la impresión de que la participación de los intelectuales en los diarios es nueva, por el contrario, hay una larga estirpe de intelectuales-periodistas en el Perú. Lo que deseo enfatizar es que existe una diferencia sustancial: antes, estos intelectuales-periodistas eran parte de los debates doctrinarios, no encontraban inhibiciones en reconocer que eran parte de alguna corriente política e ideológica. Su participación en los medios era una extensión de su compromiso y actividad política. En la actualidad, por el contrario, especialmente aquellos que se definen como liberales lo hacen exhibiendo su supuesta asepsia frente a lo político e ideológico; se presentan como observadores objetivos. Esto es favorecido por la inmensa cooptación de los diarios bajo la idea única liberal. Como señalé, es tanta la unanimidad que casi ya no es necesaria la “muestra de armas” ideoló-

¹⁹ Rocío Silva Santisteban realiza el siguiente balance crítico de los suplementos culturales de la actualidad. Dice: “Hoy todo ha cambiado. No hay suplementos culturales con ese nombre en los periódicos peruanos, ni desde una perspectiva tradicional, ni desde una perspectiva antropológica del término. Digamos que “El Dominical” de *El Comercio* podría llamarse así, pero no sé por qué extraño motivo, desde hace 20 años no termina de despegar. En nuestro diario [se refiere a *La República*] y en otros hay suplementos dominicales, pero no necesariamente se dedican a fomentar específicamente la creatividad o los productos culturales, aunque claro que siempre le dedican algunas páginas (al fondo hay sitio)”. “Había una vez una prensa peruana...”, *La República*, Lima, 13 de junio de 2010.

gicas.²⁰ Lo contrario ocurre con los intelectuales de izquierda, quienes sí sustentan su participación en los medios de comunicación desde sus identificaciones políticas, pero sin contar con los recursos de sus adversarios ideológicos.

En televisión hay un margen de mayor libertad para los intelectuales, pues es factible encontrar espacios y programas sobre temas históricos²¹ y literarios,²² algo que antes también poblaban las páginas de diarios y revistas pero que hoy casi no tienen cabida. Otros dirigen programas de actualidad política, pero en este caso con la misma hegemonía política observable en los diarios.²³ Por ello, es poco lo que pueden contribuir a los debates políticos e intelectuales. Los sujetos de ideas, algunos, también son entrevistados para tratar algún tema específico, pero por lo general se trata de un reducido grupo de intelectuales a los que se recurre periódicamente y que son más o menos identificados por el ciudadano general.

En los medios digitales, la mayoría de intelectuales han abierto cuentas por las cuales mantienen una comunicación con el lector o seguidor, y en sus páginas personales colocan, además de sus artículos periodísticos y entrevistas, textos más densos y amplios, a veces como anticipo de lo que luego serán parte del formato libro.²⁴

²⁰ Desde hace unos meses, se está discutiendo el llamado problema de “la concentración de medios” por la empresa de *El Comercio*. Este es un caso que expresa la lógica del mercado. Dentro de esta, dicha concentración de medios resulta natural, pero saliendo de ella es razonable poner en duda si ella contribuye a la constitución de ciudadanos informados. Nuevamente aparece aquí la razón económica vs. la razón social.

²¹ El historiador Antonio Zapata dirigió un programa exitoso por varios años en la televisión pública: *Sucedió en el Perú*; y el también historiador, Juan Luis Orrego, conductor de *Tiempo después*.

²² El polígrafo Marco Aurelio Denegri dirige un programa que ya tiene varios años, *La función de la palabra*.

²³ El antropólogo Jaime de Althaus es conductor del programa político *La hora N*, en Canal N.

²⁴ Por ejemplo, Gonzalo Portocarrero, quien luego de colgar sus artículos en su página personal, los publicó bajo el título *Oído en el silencio. Ensayos de crítica cultural*, Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2010.

Es lamentable que, desde hace buen tiempo, los medios de comunicación impresos y televisivos hayan abandonado sus contenidos doctrinarios y que se hayan transformado en recipientes de acusaciones ligeras y de noticias escandalosas. Al contrario de lo que ocurría, por ejemplo, en las primeras décadas del siglo XX, cuando los diarios sensacionalistas como *La Crónica*, eran una minoría, hoy la relación es absolutamente inversa. La gran proliferación de periódicos se enmarca en dicha categoría y los que tratan de mostrar una mayor profundidad en el análisis representan la minoría flagrante. Dentro de la lógica del mercado esto es una consecuencia inevitable. El sensacionalismo es más rentable que el trato profesional de las noticias. Hay que vender para sobrevivir. En estas circunstancias, hasta los diarios denominados serios deben dar cabida al aspecto sensacionalista de las noticias para incrementar sus ventas. En todo caso, la empresa periodística debe editar diarios populares — orientados a exacerbar los instintos más que la reflexión de los lectores —, a bajos precios, para incrementar su volumen de ventas y ganancias, y a veces para financiar a los diarios “serios”. Los intelectuales que participan de estos diarios, por más reflexivos que sean sus artículos, representan un pequeño punto que se pierde dentro de la magnitud de sensacionalismo que tiñen las demás páginas. Y los diarios que se mantienen fieles a un estilo clásico de ejercer la profesión periodística deben resignarse a no acceder a un público más amplio.

No obstante, se puede pensar que aún subsiste un núcleo de ciudadanos/lectores que buscan estar informados exigiendo un alto grado de calidad en el trato de las noticias. Ello es lo que explicaría, por ejemplo, la duración de un semanario como *Hildebrandt en sus trece*, que subsiste básicamente por la suscripción de sus lectores. Es una expresión aislada, es cierto, pero da pie para tener un optimismo moderado en que ese núcleo de ciudadanos/lectores pueda expandirse en el futuro.

EL INTELLECTUAL POR VENIR

El intelectual en el Perú ha sufrido transformaciones profundas en cuanto a las formas de su comunicación con la sociedad. Un lenguaje cargado de pensamiento político o doctrina ya no es reconocido por el lector como antes. Tampoco uno que muestre sus visiones generales sobre el país y que estimule a la reflexión. Aquellos que mantienen un lenguaje doctrinario se supeditan a dirigirse a un círculo pequeño, con escasa repercusión. Si alguna vez hubo intelectuales que quisieron encarnar valores generales, ahora ello ya no es socialmente valorado, ni consigue adeptos. Lo señalado es importante, pues como hemos visto, el intelectual en el Perú usualmente ha cargado su lenguaje de ideas políticas.

Sea en artículos periodísticos, conferencias o entrevistas, el sujeto de ideas peruano pretendía no solo exponer un conocimiento, sino también una manera política de comprender la situación del país. Cercenada esta posibilidad, debe recomponer las plataformas y los estilos para dirigirse al ciudadano. Ya no son los espacios tradicionales que implicaban una relación cara a cara con el ciudadano ni los propiamente políticos, como los partidos; ahora son la columna semanal y el ágora virtual. El lenguaje se hace más directo y breve, mucho más coloquial y menos especializado. Por un lado, esto favorece al intento de comunicación, pero por el otro, el público lector que puede seguirlo se ha reducido porque prefiere otro tipo de temas, como los económicos o los simplemente sensacionalistas y de espectáculo.

Además, ahí está, disponible, el almacenamiento de información contenida en Internet. Si se quiere obtener un dato basta buscar en alguna página Web. La investigación ha sido reemplazada por la búsqueda, que no necesariamente provee de conocimientos, capacidades de abstracción ni de reflexión profunda.

Algo que es necesario destacar es que, en gran parte, los intelectuales que se vuelcan a los medios de comunicación provienen de las ciencias sociales. Antropólogos, sociólogos, economistas, historiadores, y también politólogos, son lo que generalmente

escriben en periódicos, dirigen programas televisivos, son entrevistados en los medios y dirigen algunos programas culturales o políticos.²⁵ Son pocos, a diferencia de hace algunas décadas, los escritores que aparecen en los medios con posturas ideológicas, salvo excepciones como Vargas Llosa y unos pocos más que se animan a salir de sus temas estrictamente profesionales.

Si existe un clivaje implícito este es el que separa a aquellos que defienden el modelo, los liberales, de los que se oponen a él, los de izquierda. Pero la monocromía que cubre a la mayoría de los medios de comunicación obliga a los segundos a circunscribirse a su grupo primordial de diarios y lectores, peor aún ahora que no tienen referencias político-partidarias importantes. Quizás sea el tono monocorde lo que explique la falta de obligación de los primeros (los liberales) a presentar debates y a ofrecer mayor esfuerzo para argumentar sus posiciones: les es suficiente algunas cuantas líneas ("pastillas") para zanjar cualquier discusión. Las editoriales de principios parecen ser cosa del pasado.

Generacionalmente, también ocurre un desfase, pues aquellos que aún nutren sus ideas de doctrina, pertenecen a otras cohortes de edad que no saben comunicarse con los jóvenes (despolitizados e individualistas) de hoy, socializados en un mundo lleno de tecnología que los lleva a entender la vida como un presente continuo, sin historia ni futuro. No basta acceder al facebook, al twitter ni a otras plataformas virtuales para comunicarse con las nuevas generaciones; son los diferentes estilos de pensamiento, de escritura e incluso de importancia que se le asignan a diversos temas los que los distancia. Y son muy pocos los jóvenes de hoy que, siendo parte de este universo, se preocupan por los

²⁵ Guillermo Rochabrún, refiriéndose específicamente a la participación de los sociólogos en los medios, señala que, si bien han ganado mayor presencia, no han legitimado la perspectiva sociológica, distinguible del sentido común. Encuentra un déficit en la disciplina al no dar la batalla necesaria para lograr el reconocimiento que puede recabar; esto porque ha ido limando sus planteamientos críticos y por asentarse en lo políticamente correcto. En "La escena pública, lo 'políticamente correcto', y la Sociología", en *Boletín del Colegio de Sociólogos del Perú*, núm. 6, Lima, 22 de octubre de 2011.

problemas políticos e ideológicos. Parte de la escasez de identificación política proviene de este aspecto: la política de ayer ni de hoy es cautivadora para los jóvenes de la actualidad. Son estos los que en el futuro deberán redefinir las funciones sociales del sujeto de ideas y las formas de hacer política.

Todo lo mencionado pone frente al intelectual (y también al político) un conjunto de aspectos que deben resolver para seguir siendo socialmente relevante. Quizás los intelectuales de las nuevas generaciones puedan darle a esta situación una respuesta satisfactoria.